

La Cumbre de Guadalajara y la consolidación de la asociación estratégica entre América Latina y el Caribe y la Unión Europea

Vicente Fox Quesada

El 28 y 29 de mayo de 2004, la ciudad de Guadalajara, México, fue sede de la Tercera Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de América Latina y el Caribe-Unión Europea (ALCUE), también llamada Cumbre de Guadalajara.

La celebración de este encuentro en nuestro país reflejó la firme convicción mexicana sobre la importancia del entendimiento trasatlántico y, más allá de lo anterior, la confianza de México en el diálogo y la cooperación internacionales como herramientas privilegiadas en el desarrollo de los pueblos.

Con la participación de 58 delegaciones, la Cumbre de Guadalajara logró consolidar la asociación estratégica entre ambas regiones, acordada desde la primera reunión cumbre de las naciones de América Latina y el Caribe (ALC) y la Unión Europea (UE), celebrada en Río de Janeiro, en 1999.

Esta asociación estratégica entre más de una cuarta parte de las naciones del mundo, habitadas por más de mil millones de personas, tiene una importancia sin precedente, no sólo para el futuro de las relaciones euro-latinoamericanas y el desarrollo conjunto de los pueblos a uno y otro lado del Atlántico sino,

también, para la configuración de la escena internacional del siglo XXI.

Los cimientos de nuestra asociación estratégica

Los pueblos de la Unión Europea y de América Latina y el Caribe hemos estado siempre unidos por el valor y la visión de numerosos hombres y mujeres que, al perseguir sus sueños, han impulsado y nutrido nuestro diálogo e intercambio y, con ello, la historia de la humanidad.

Hoy constituimos, para decirlo con palabras de Octavio Paz, las dos orillas de Occidente, en cuyas raíces se entreveran una historia y un destino compartidos. Sin duda, las actuales convergencias entre nuestras naciones son producto de la historia y los profundos valores que nos unen. Tenemos una perspectiva común sobre los problemas de nuestro tiempo y la manera de encontrarles solución y, también, sobre el mundo que queremos forjar.

A ambos lados del océano que nos une, la voluntad y el esfuerzo de europeos, latinoamericanos y caribeños impulsa y fortalece la relación entre nuestras naciones. En el ámbito económico, científico o artístico, en el mundo de las ideas o en el de la acción —en cada campo de la actividad humana—, de día en día constatamos la importancia y la riqueza de los lazos birregionales.

La decisión de realizar la Cumbre de Guadalajara mostró nuestro firme interés de lograr que la asociación estratégica entre los pueblos de la UE y de ALC siga nutriendo ese crecimiento mutuo.

El objetivo de esta reunión fue la consolidación del intercambio birregional de ideas fecundas para un desarrollo mutuo, sostenido y sustentable. Queremos forjar así, con ideas,

con esfuerzo conjunto, con nuevos intercambios entre nuestros países, un futuro de paz y prosperidad compartidas por nuestros pueblos.

Para México, una nación orgullosamente latinoamericana y caribeña, fue muy grato y especial contar con la presencia de las y los líderes de las 10 naciones que, hacía tan sólo unas semanas, se habían integrado a la UE y que, por primera vez, participaron en una cumbre birregional. Las múltiples coincidencias entre los países de las dos regiones, así como el deseo compartido de alcanzar nuevos y más altos niveles de desarrollo, se fortalecieron gracias a la participación de esas 10 naciones.

Como bien lo mostró la Cumbre de Guadalajara, la asociación estratégica entre las naciones de la UE y ALC se finca en el diálogo y la cooperación; en la decidida voluntad de europeos y latinoamericanos de seguir uniendo esfuerzos para encontrar soluciones a problemas compartidos, y aprovechar así, de mejor manera, las múltiples oportunidades que se nos abren.

Democracia y desarrollo

México es una nación que cree firmemente en los principios, los valores y las instituciones de la democracia; que está convencida de que el diálogo y el respeto al derecho son la esencia de todo régimen democrático. De igual modo, los mexicanos creemos que el diálogo y la cooperación solidaria entre las naciones son la base de un régimen internacional de paz, justicia y desarrollo compartido; de un régimen que, basado en los principios y las normas de la convivencia y el derecho internacionales, permita que nuestro esfuerzo conjunto fructifique.

Son muchos los retos que todas nuestras naciones enfrentan. Sin duda, el principal de ellos es la superación de la pobre-

za y la marginación que, en mayor o menor grado, afectan a millones de personas a ambos lados del Atlántico. El crecimiento económico que impulsan los regímenes democráticos de Europa y Latinoamérica debe ser sostenido y traducirse además en una mejora generalizada de los niveles de vida que, a su vez, contribuya a consolidar y enraizar definitivamente nuestras democracias.

Esto significa que, si la democracia nos permite hoy vislumbrar nuevos niveles de desarrollo, éstos también podrán traducirse en puntales de nuestros regímenes democráticos.

Como lo muestra la vida política y social de la Europa unida —así como, cada vez más claramente, la de América Latina y el Caribe—, la democracia funciona. Y funciona no sólo para garantizar las libertades y el respeto a los derechos esenciales de las personas, sino también para impulsar el crecimiento económico y la justicia social; para asegurar la gobernabilidad y, con ello, crear un círculo virtuoso de paz, justicia y desarrollo.

Un régimen que respeta y fomenta las libertades individuales, que protege los derechos humanos —todos: los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales—, que impulsa la participación social y el desarrollo colectivo a través del talento y la contribución de todos sus integrantes, se traduce en una sociedad más rica y justa.

Como lo muestra bien el doble proceso de integración y desarrollo que han seguido las naciones de la Europa comunitaria, la democracia funciona. La experiencia europea —es decir la conjunción de democracia y estado de derecho, respeto a las libertades y derechos esenciales de las personas, así como un modelo económico que fomenta el desarrollo humano y la integración y la cooperación regional— constituye un ejemplo digno de emulación. La experiencia europea nos muestra una fórmula virtuosa que comenzó por hacer confluir a los mercados de bienes y servicios y que, poco a poco, fue desarrollándose

hasta convertirse en un proceso de integración y desarrollo conjunto.

La forma en que este proceso ha ido propiciando el crecimiento y el desarrollo de las naciones que de manera paulatina se han ido adhiriendo a la UE no ha pasado inadvertido a ALC. Así lo muestran los intentos de integración subregional en el continente americano, como el impulsado por México, junto con las naciones del istmo centroamericano, a través del Plan Puebla-Panamá. Hoy, la democracia que impera en todas las naciones de Mesoamérica nos permite unir esfuerzos en favor de un modelo propio de integración, cuyo objetivo es detonar un crecimiento económico sostenido y sustentable, así como un desarrollo que beneficie a todos los habitantes de la región comprendida entre Puebla y Panamá.

Desde mi punto de vista, la experiencia europea nos ha dejado otra gran enseñanza: hay que ir resolviendo los problemas inherentes al proceso de integración y, al mismo tiempo, hay que mantener la altura de miras; fijar nuevas metas. La Unión Europea se ha consolidado gracias a líderes visionarios que, conforme avanzaban, pretendían ir más lejos.

Al igual que en Mesoamérica, México ha procurado mantener esta altura de miras en su relación con sus socios norteamericanos. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte ha resultado un valioso instrumento para el crecimiento y el desarrollo de Canadá, Estados Unidos y México.

Sin embargo, es preciso dirigir nuestra mirada al futuro e imaginar cómo esta sociedad puede fortalecerse. Es indispensable, por ejemplo, seguir reduciendo las diferencias entre las economías de los tres países y, al mismo tiempo, lograr ordenar y regular los flujos migratorios. Es necesario, con el fin de seguir avanzando, imaginar las mejores vías para el establecimiento de una Comunidad de América del Norte que beneficie a los tres pueblos norteamericanos.

En América o Europa, combatir la desigualdad y garantizar sociedades justas es un imperativo ético y moral. Es, también, la única vía para que todas las personas puedan contribuir al desarrollo mediante el consumo, el ahorro y la inversión; para que su participación decidida y entusiasta consolide a los regímenes democráticos. No hay desarrollo sin democracia, ni democracia que sobreviva a la falta de desarrollo.

Por ello resulta urgente que tanto las naciones de ALC como las que recientemente se adhirieron a la UE accedan pronto a nuevos y más altos niveles de desarrollo. Como asentamos los líderes participantes en este encuentro en nuestra Declaración de Guadalajara, la democracia, el estado de derecho y el desarrollo social y económico son fundamentales para la paz y la seguridad de nuestras regiones.

En el actual entorno de globalización, una cooperación internacional revitalizada resulta esencial para lograr la paz y la seguridad, el desarrollo sostenible y el progreso social al que todos aspiramos. El crecimiento económico y el progreso social, al igual que la estabilidad que propician, son bienes públicos globales. Sus beneficios rebasan las fronteras nacionales. Por esa razón, México exhortó a las naciones participantes en la Cumbre de Guadalajara a fortalecer la cooperación birregional para alcanzarlos. Como lo muestra bien la Declaración de Guadalajara, la propuesta de México fue adoptada.

Un multilateralismo a la altura de las necesidades de nuestros pueblos

La Tercera Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de América Latina y el Caribe-Unión Europea fue, sin duda, un encuentro por demás fructífero. Ahí, las naciones de uno y otro lado del Atlántico dimos nuevos contenidos y alcances a la coopera-

ción birregional con el fin de lograr beneficios tangibles para cada uno de nuestros habitantes. También ratificamos nuestra decisión de fortalecer la lucha común en la erradicación de males tan graves como la pobreza y la marginación; como la violencia, el terrorismo y la delincuencia transnacional organizada; como la degradación del medio ambiente y la existencia de armas de destrucción masiva que nos amenazan a todos.

En Guadalajara, y en tanto nación fundadora de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), y desde siempre convencida de la nobleza de sus objetivos e ideales, México hizo un firme llamado al fortalecimiento de la ONU, a través de la reforma y la revitalización de esta organización mundial. Nuestro país sostuvo que, para aprovechar las oportunidades presentes y del futuro, se requiere un enfoque multilateral equilibrado e incluyente, que refleje las aspiraciones y necesidades de todos los pueblos de la humanidad; un enfoque en el cual cada nación reconozca su corresponsabilidad en la solución de los desafíos globales.

Como bien refleja la declaración final del encuentro, esta posición mexicana fue ampliamente compartida. Los líderes participantes en la Tercera Cumbre ALCUE ratificamos ahí, de manera muy clara, el compromiso de nuestras naciones con un multilateralismo eficaz, basado en los principios y las normas del derecho internacional y en las instituciones desarrolladas de manera conjunta. Este multilateralismo, sostiene la Declaración de Guadalajara, es esencial para lograr la paz y la seguridad internacionales, el desarrollo sostenible y el progreso social.

México está convencido de que la fuerza de los valores y los principios que compartimos estas 58 naciones, que conforman 30% de la membresía de la ONU, nos permitirá robustecer la acción multilateral y promover una reforma a través de la cual la ONU sea capaz de responder a los retos de la realidad internacional.

Juntas, nuestras naciones representan más de 15% de la población mundial y un tercio del producto interno bruto del planeta. La importancia y la fuerza de nuestros mercados nos permiten abrir un nuevo ciclo de crecimiento en la economía mundial y, con ello, encender una nueva luz de esperanza en el futuro de nuestras regiones y en el de millones de personas en todo el mundo. Sin duda, la unión de nuestras voluntades y esfuerzos permitirá que esta asociación birregional muestre pronto su importancia como dinámico motor de la economía y el crecimiento mundiales.

Escribir la historia que queremos

Al recibir el Premio Nobel de Literatura, el gran poeta y pensador Octavio Paz se preguntaba:

¿Qué nacerá del derrumbe de las ideologías? ¿Amanece una era de concordia universal y de libertad para todos, o regresarán las idolatrías tribales y los fanatismos religiosos, con su caudal de discordia y tiranías? Las poderosas democracias que han conquistado la abundancia en la libertad, ¿serán menos egoístas y más comprensivas con las naciones desposeídas?, ¿aprenderán éstas a desconfiar de los doctrinarios violentos que las han llevado al fracaso?

Al referirse a América Latina y, por supuesto, a México, Paz se demandaba si nuestras naciones alcanzarían la verdadera modernidad que, según apuntaba, “no es únicamente democracia política, prosperidad económica y justicia social sino reconciliación con nuestra tradición y con nosotros mismos”. Y el propio poeta se respondía: “Imposible saberlo [pues] el pasado reciente nos enseña que nadie tiene las llaves de la historia”.

En efecto, nadie tiene las llaves de la historia, pues ésta se escribe día a día. Y aunque en el panorama actual existen elementos que parecerían apoyar los temores formulados por Paz —como el terrorismo—, creo también que son muchas más las razones que hoy le permitirían albergar fundadas esperanzas de un futuro mejor para toda la humanidad.

La consolidación de una Europa unida por la paz, la cooperación y el desarrollo, a través de la reciente ampliación de la UE, es una de esas razones. Una ALC que consolida sus instituciones democráticas y, al mismo tiempo, lucha por situarse en el lugar que le corresponde en el mundo contemporáneo en virtud de su hondura histórica y cultural, así como de su densidad económica y demográfica, es otra más de esas razones. La asociación estratégica que en la actualidad une a ambos grupos de naciones en la búsqueda de un crecimiento económico sostenido y sustentable y de un desarrollo compartido, fielmente reflejada en la Cumbre de Guadalajara, también habría alentado la visión optimista del maestro Octavio Paz.

Estoy convencido de que, con el encuentro de Guadalajara, nuestras naciones comenzaron a escribir la historia que quieren, la que desean forjar. En lo personal, siempre he creído, junto con el filósofo Ortega y Gasset, que el pasado compartido no une tanto a los hombres y a los pueblos como la esperanza de un futuro en común.

Las 58 naciones que nos dimos cita en Guadalajara compartimos con orgullo una identidad histórica y un presente de amistad y cooperación, no sólo política y económica sino científica, tecnológica y cultural. Sin embargo, lo más importante es que también compartimos una visión de largo plazo; un esfuerzo conjunto y cotidiano, solidario, orientado a construir un mundo democrático, pacífico, próspero y justo.

Las naciones de América Latina y el Caribe y la Unión Europea pueden y deben tener un papel preponderante en la con-

formación de un nuevo orden internacional, en donde el multilateralismo y la cohesión social se traduzcan en un mundo de libertad, justicia y desarrollo para cada uno de los seres humanos. Tenemos la voluntad y los medios para lograrlo.

No me cabe la menor duda acerca de que la asociación estratégica birregional ALCUE, que consolidamos en Guadalajara, ha abierto ya la puerta hacia el futuro de democracia y desarrollo que desean y merecen nuestras naciones.